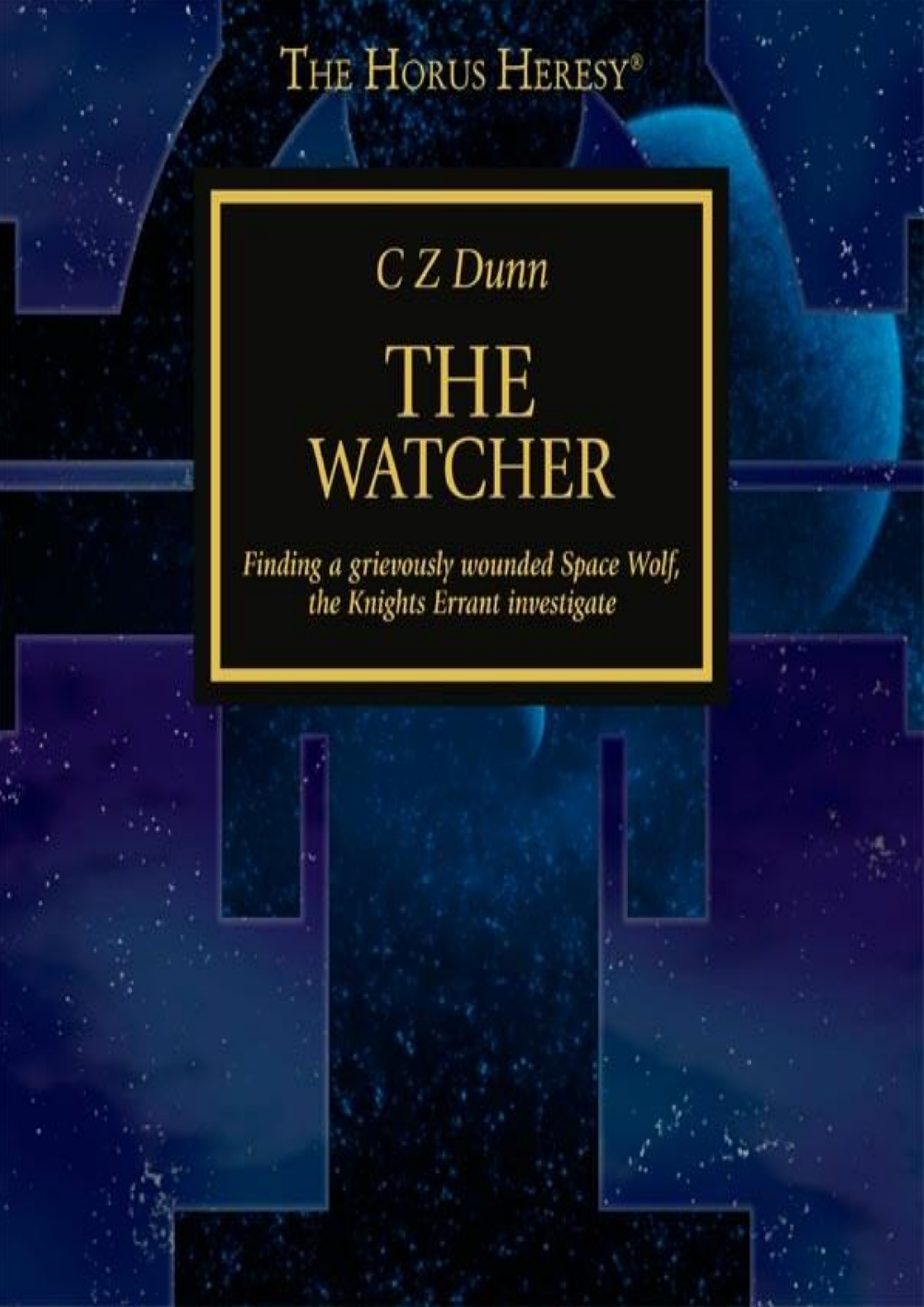

THE HORUS HERESY®
C Z Dunn
THE WATCHER
Finding a grievously wounded Space Wolf, the Knights Errant investigate




LA HEREJÍA DE HORUS

# EL VIGILANTE

C.Z. DUNN

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

**Caballero Gris**

| | |
|---|---|
| ISON | Caballero errante |

**El Mechanicum de Marte**

| | |
|---|---|
| ARKADIAN SAMUEL | Adepto del Mechanicum de Marte |

**Primarcas**

| | |
|---|---|
| KONRAD CURZE | Primarca de los Amos de la Noche |

**La Legión de los Lobos Espaciales por decreto de Russ y Malcador**

| | |
|---|---|
| FYODOR STROMGREN | Campeón de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, "*el Yebi*" |
| BROTFALD | Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales |
| GRIDASSON | Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales |
| OURANEK | Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales |
| ANGERST DRAKENBALD | Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales |

—Por favor, no tenemos mucho tempo…

El caballero errante apretó el paso, urgido por el antiguo adepto del Mechanicum. Habían pasado tres minutos desde que Arkadian Samuel hubiera entrado en el cubículo de Ison en la fortaleza del puesto de guardia para hablarle de la lanzadera, y sólo cinco desde que la nave había aterrizado.

—¿De qué se trata, Samuel? ¿Qué nos ha sido devuelto?

Las luces rojas parpadeaban en el hangar, y se reflejaban sobre el metal que cubría más de la mitad del cuerpo del adepto: su devoción al culto de Marte era patente en su apariencia. Ison intentó imaginar la mirada de Samuel tras la rendija de su visor, permanentemente fijado sobre sus ojos con remaches directamente anclados al hueso. El caballero pensó que aquello le daba el aspecto de un matón de las profundidades bajo los cimientos de las ciudades colonias o de un criminal de algún mundo fronterizo, pero nada podía estar más lejos de la verdad: Samuel era un buen hombre, un hombre de honor, como Ison bien sabía ya.

—Mi mente está abierta para vos, lord Ison. Tomad toda la información que preciséis.

*Lord.*

Aquella palabra a punto estuvo de provocarle un gesto de dolor. Mucho tiempo atrás había disfrutado de la satisfacción de oír ese título de boca de sus sirvientes. Desde su infancia su don lo había elevado por encima del común de los mortales, y en virtud de haber crecido en un mundo civilizado, no se había convertido en un paria ni se había visto relegado al ostracismo. Pero ahora se había vuelto un exiliado, apartado de su anterior legión.

—Una oferta muy generosa por tu parte, tecnosacerdote. Pero no te sometería a esa intrusión a menos que fuera por un motivo absolutamente vital —la puerta de la nave comenzó a abrirse—. Además, parece que vamos a… —las palabras se congelaron en sus labios—. Sagrada Terra… ¿Es eso… es eso un marine espacial?

La cosa frente a Ison recordaba a un legionario tanto como un pedazo de pergamino doblado en forma de alas podría parecerse a un Thunderhawk. Lo que los restos desgarrados y ensangrentados parecían era carne, carne brutalmente

despiezada, descartada para que se pudriese. La sangre se derramaba de los bordes de las cajas de municiones sobre las que habían colocado al astartes, brotaba de heridas de semanas atrás que parecían negarse a cicatrizar. El débil latido de su corazón secundario, visible a través del profundo tajo que cruzaba las costillas, era el único signo de que seguía vivo.

—¿Qué, en el nombre del Omnissiah, ha podido hacer esto? ¿Xenos, quizás? He oído historias de que los pielesverdes son feroces y despiadados…

—Ningún orko ha hecho esto —lo interrumpió Ison—. He presenciado el daño que su especie puede provocar: es brutal, bárbaro y sin compasión. La violencia que emplean al luchar contra un enemigo es algo que no tiene igual en toda la galaxia, y el daño que pueden infligir sobre un cuerpo está más allá de lo imaginable.

—No dudo de vuestra palabra, lord Ison… Pero basándome en lo que acabáis de decirme, ¿exactamente qué es lo que os hace pensar que esto no es obra de los orkos?

—Que todavía está vivo.

Ison repasó las manchas de sangre seca del torso del marine espacial con su dedo enguantado, y siguió con él el contorno de uno de los numerosos y profundos cortes.

—Me dijiste que esto era un mensaje, Samuel… ¿qué te hace pensar eso?

—Las heridas: algunas parecen palabras.

—¿Y crees que los orkos han hecho esto?

—Por lo que tengo entendido acerca de la cultura pielverde, representan su lenguaje con crudos pictogramas —el adepto señaló con su dedo—. Ahí, justo bajo la garganta.

Un hilo de sangre fresca recorría las clavículas. Ison presionó con la mano sobre la herida que Samuel acababa de identificar.

—Así no es cómo actúan los orkos: no envían mensajes. No poseen ni el intelecto ni la malicia refinada suficiente para mantener a un prisionero en el umbral entre la

vida y la muerte, grabar su cuerpo con palabras y después enviarlo de vuelta al lugar del que vino.

—No creo que fueran ellos quienes lo enviaran de vuelta: creo que él logro escapar. Los controles de la nave están cubiertos de huellas dactilares ensangrentadas. Huellas humanas.

—He sido marine espacial durante dos siglos, y sé que si un marine espacial tiene sangre en las manos rara vez es la suya propia. ¿De qué mano son las huellas? ¿De la derecha o la izquierda?

Samuel observó un segundo la consola.

—De ambas. ¿Por?

—Porque a este guerrero sólo le queda un brazo.

—¿Sugerís que…?

Las palabras del tecnosacerdote se ahogaron en sus labios cuando el astartes herido dejó escapar un gemido roto, abrió los ojos y comenzó a toser, ahogándose en su propia sangre.

—*Hiltamaar*… —logró decir.

Ison reconoció el idioma instantáneamente; y más importante aún, conocía la palabra.

—Fenrisio —dijo.

—¿Un lobo espacial? —preguntó Samuel, incrédulo.

Si Ison no hubiera escuchado la palabra con sus propios oídos, tampoco habría podido creer que lo que estaba viendo fuera uno de los hijos de Russ, tal era la profanación del cuerpo del guerrero.

—*Hiltamaar*… —volvió a susurrar éste.

—¿Qué está diciendo? —preguntó el adepto.

Ison había luchado junto a los Lobos Espaciales en dos ocasiones. La primera vez antes de que él mismo y sus hermanos se hubieran reunido siquiera con su propio

primarca. La segunda vez, había sido testigo de la furia combinada de la legión de Russ y de otra, la legión que creía que el marine espacial moribundo estaba intentando identificar.

—«Anochecer» —contestó Ison—. Es la palabra fenrisia para «anochecer».

---

—Aquí la nave de desembarco *Rohan* de la VI Legión, llamando a la *Anochecer*. ¿Nos reciben? Cambio.

Sólo hubo estática como respuesta.

—Quizás al hermano de nuestro padre no le gustan las visitas, Fyodor. Conoces su reputación tan bien como yo.

Fyodor Stromgren conocía la reputación de Konrad Curze mejor que Brotfald o cualquiera de sus hermanos a bordo. Había estado en Cortonis, donde el Gran Padre y el Acechador Nocturno habían aniquilado a los subhumanos del Conglomerado Panterratino y después habían recorrido todo el sistema erradicando las culturas humanas que se habían aliado con los xenos y habían rechazado a arrodillarse ante la voluntad del Emperador. También había estado presente cuando los Amos de la Noche habían luchado junto a los Ángeles Sangrientos y los Lobos Espaciales hasta hacer arder los mundos de Cadre, y una vez más cuando la Autonomía Handerax había caído. Había sido testigo directo de lo que Curze y su legión eran capaces, las profundidades hasta las que estaban dispuestos a hundirse para lograr la victoria, las líneas que no dudaban un instante en cruzar.

—Sí. Y él conoce la autoridad del Sigilita. Ni siquiera Curze desafiaría al regente.

A pesar de la seguridad con la que Fyodor pronunció aquellas palabras, Brotfald y los otros tres hijos de Russ intercambiaron miradas escépticas.

—Aquí Fyodor Stromgren de la VI Legión, campeón de las Nueve Tribus del Este —volvió a decir por el comunicador—. Estoy aquí por mandato de Malcador el Sigilita, regente de Terra y voz del Emperador. Solicito permiso para abordar la *Anochecer*. ¿Me reciben? Cambio.

Más estática.

El piloto viró la nave de desembarco y comenzó a navegar paralelo al flanco de la *Anochecer*, pasando delante de las armas desactivadas de la nave insignia: al menos no registraban a la *Rohan* como una amenaza.

—Ahí, mirad —dijo Brotfald apuntando con el dedo a un punto de luz sobre el negro casco de la nave de los Amos de la Noche.

El inmenso tamaño del legionario y su melena de un blanco puro le habían hecho ganarse el apodo de «Yebi» entre sus hermanos lobos del Tra, pero sus ojos eran agudos.

Fyodor miró la distante apertura. Volvió a conectar el comunicador.

—La puerta del hangar está abierta, y las luces de aterrizaje están encendidas. ¿Tenemos permiso para subir a bordo? Repito: ¿tenemos permiso para subir a bordo?

De nuevo no obtuvo ninguna respuesta.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Brotfald.

Si aterrizaban la *Rohan* en la nave del propio Konrad Curze sin autorización, tal acción podía considerarse un acto de guerra. Por otra parte, parecía que el hangar había sido dispuesto para recibirlos, y las órdenes del Sigilita eran claras.

—Démonos prisa —dijo Fyodor al piloto.

La nave de los Lobos Espaciales se adentró en la *Anochecer*.

—Por el Gran Padre —musitó Brotfald cuando se hallaron en su interior.

A través de los ventanales de la cabina, la negrura del vació estelar fue reemplazada por el azul medianoche de las servoarmadura de los legionarios. Fila tras fila de amos de la noche se habían reunido para recibirlos. Y al frente de todos ellos, el Acechador Nocturno, su mirada carente de toda emoción, sus ojos clavados en el pequeño transporte que se había atrevido a abordar su nave insignia.

—Ahí fuera debe de haber por lo menos la mitad de la legión de Curze —dijo Brotfald.

Fyodor escaneó la cubierta.

—No… un tercio a lo sumo. De acuerdo con la bitácora de la flota, acuden a una llamada de apoyo de un sistema llamado Isstvan.

—Nunca he oído hablar de él…

Siguiendo las líneas de la plataforma de aterrizaje, el piloto activó los retropropulsores y posó la *Rohan* frente a los amos de la noche.

—Vamos, hermanos, preparaos. Démonos prisa, no vayamos a aumentar la tensión haciéndolos esperar.

Los hijos de Fenris atusaron las pieles que llevaban sobre los hombros, se ajustaron las hebillas y demás ornamentos. Aunque los guerreros de Russ tenían fama de preocuparse poco por la imagen que se tenía de ellos, con el tiempo habían aprendido la importancia de las apariencias ceremoniales al tratar asuntos entre legiones. Su padre les había inculcado la idea con la insistencia suficiente como para que la mayoría de los guerreros del Rout pudieran hacer ese esfuerzo sin demasiadas protestas.

En medio de los preparativos, se escuchó el ruido de un cargador al encajarse en un bólter. Fyodor giró inmediatamente sobre sus talones. El joven Gridasson se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, como un pequeño animal rodeado de la desaprobación de sus mayores.

—¿Te has vuelto loco, cachorro? Ahí fuera hay decenas de miles de amos de la noche, liderados por el Acechador Nocturno en persona nada menos. ¿Y tú quieres presentarte con el bólter en ristre? Nada de armas, ninguno de vosotros, ni siquiera los cuchillos de caza —con cierta reticencia, los lobos desenvainaron y dejaron a un lado todo su arsenal—. Y dejad que sea yo quien hable.

Fyodor avanzó por la rampa de desembarco al frente de su manada, sin permitir que la aprensión que pudiera sentir se reflejara en su cara ni en su lenguaje corporal.

Los amos de la noche clavaron en ellos sus miradas, como prisioneros hambrientos que vieran un pedazo de carne rancia o un pequeño roedor en sus celdas.

Sin reducir el paso, la manada formó una línea al bajar de la *Rohan* y caminó hasta donde aguardaba el señor de la legión. Bajo los mechones de pelo que le caían sobre los ojos, Konrad Curze los miró impasible.

Cuando Fyodor se encontró a sólo unos pasos del primarca se detuvo, y esperó a que el Señor de la Noche lo saludara formalmente. Los segundos pasaron sin que el saludo se produjera, por lo que fue él quien saludó primero.

—Saludos, lord Curze. Mi nombre es Fyodor Stromgren y ésta es mi manada, leal al Tra del Vlka Fenryka.

Hizo una pausa, a la espera de alguna respuesta, pero el Acechador Nocturno se limitó a seguir manteniendo su mirada hosca, sin mostrar interés alguno.

—Venimos por orden de Malcador el Sigilita, regente de Terra y voz del Emperador, y avalados por el Rey Lobo de Fenris, Señor de la Guerra y el Invierno.

Sus palabras fueron de nuevo recibidas por un frío silencio. Fyodor sacó entonces de debajo de la piel de lobo que le cruzaba el pecho un pergamino que desplegó para mostrárselo al primarca.

—Nuestras credenciales serán de vuestra satisfacción, lord Curze. Éstas son nuestras órdenes, firmadas tanto con el sello del Rey Lobo como con el sello de Malcador.

Unos largos segundos pasaron, pero aun así el primarca no hizo un solo movimiento. Fyodor retiró el pergamino y volvió a guardarlo bajo sus pieles tras enrollarlo.

—Mis hermanos y yo regresábamos a Fenris cuando se nos reasignó a vuestra flota como observadores.

Entonces Konrad Curze comenzó a sacudirse: se estaba riendo entre dientes.

—Malcador ha ordenado que otras manadas fueran asignadas… —las palabras de Fyodor fueron interrumpidas por las abiertas carcajadas del Acechador Nocturno, y el lobo frunció el ceño—. No veo qué haya de gracioso en mis palabras, lord Curze.

Los amos de la noche se movieron como bestias inquietas, el hambre en sus ojos brillante como ascuas de una hoguera, y comenzaron a avanzar sobre la manada de Fyodor.

—¡Hemos venido aquí con la autoridad del Sigilita y del Rey Lobo! ¡El propio Emperador…!

La protesta de Fyodor fue silenciada por la primea cuchillada que recibió, seguida en rápida sucesión por otra y otra y otra. Echó un brazo atrás para lanzar un golpe al más cercano de sus asaltantes, pero tres amos de la noche se abalanzaron sobre él, lo inmovilizaron y comenzaron a arrancarle las piezas de la servoarmadura una vez lo hubieron derribado contra el suelo. Entre las piernas blindadas que lo rodeaban, pudo ver el fin de sus hermanos de manada.

Ouranek fue el primero en morir, el veterano de casi doscientas batallas estaba sangrando sobre la cubierta, como él mismo rodeado por tantos enemigos que apenas había tenido oportunidad de asestar un solo golpe antes de caer.

Gridasson fue el siguiente: docenas de amos de la noche lo habían rodeado tras desnudarlo y se sucedían para asestarle patadas y puñetazos, hasta convertir su cuerpo en un tapiz de hematomas y romperle la espalda.

Angerst Drakenbald fue el siguiente en perecer: rebelde hasta el final, había ocultado un cuchillo de combate bajo su capa, y había logrado acabar con tres amos de la noche antes de recibir el primer golpe; aun así, su resistencia sólo duró hasta que un grupo de ocho legionarios comenzaron a hundirle repetidamente en el cuerpo sus propias hojas.

El último en morir fue Brotfald. Consciente de cómo iba a terminar, optó por cargar contra Curze a través de las figuras de oscura ceramita que se interponían entre ellos como un muro. Los amos de la noche lo golpearon y lo apuñalaron, pero el inmenso legionario siguió avanzando hasta quedar a menos de cinco metros del Acechador Nocturno antes de ser finalmente abatido.

Los traidores arrastraron su cuerpo hasta la pila que habían formado con los lobos masacrados, dejándolo caer al lado de Fyodor. El blanco pelo de Brotfald estaba empapado de rojo, y sólo le quedaba un ojo. Fyodor tosió.

—Dejad a ese vivo —dijo Curze.

Fyodor vio cómo una sombra se cernía sobre él, y después una mano lo agarró y lo levantó del suelo. El Acechador Nocturno desenvainó un cuchillo de su cinto, y comenzó a escribir con él sobre la piel expuesta del legionario.

—Éste todavía puede servir de algo.

---

Ison cortó el vínculo psíquico con el lobo espacial moribundo, cuando la realimentación etérea de la violencia sentida a través de él lo sobrepasó. Unas densas gotas oscuras le goteaban de la nariz. Se giró para mirar a Samuel con los ojos inyectados en sangre.

—Curze… Curze hizo esto.

El tecnosacerdote no tenía palabras. En los meses tras su huida de Marte había presenciado muchos actos de depravación y barbarie, atrocidades de las que ningún hombre debería ser testigo. Pero aquello… Aquello era algo monstruoso.

Ison limpió la sangre de la frente de Fyodor, revelando la palabra grabada en su carne por el cuchillo del primarca. Estaba escrita en bajo gótico, en contraste con las demás que profanaban los restos del legionario, en la lengua de Nostramo.

—¡Todavía podemos salvarlo, lord Ison! —logró decir al fin Samuel—. El sarcófago que traje conmigo de Marte aún no ha sido transferido a ningún otro proyecto. Puedo internarlo en él en menos de una hora y mantenerlo vivo hasta que los nuevos dreadnoughts estén completos.

Ison no podía apartar los ojos de las letras carmesíes.

—No. Éste es un auténtico hijo de Fenris, nacido para errar por las llanuras heladas y la tundra. He estado en el interior de su mente, y sé que no es un lobo al que se deba meter en una jaula.

Con cuidado, cogió en brazos lo que quedaba de Fyodor y lo sacó de entre las cajas de munición. El gris de su servoarmadura de caballero errante se manchó de rojo, pero aquello agradó a Ison: le recordaba que ya no lucía los colores de la legión que había abandonado, y que ya no servía a un primarca al que ahora detestaba con cada fibra de su ser.

—Preséntate al medicae, e informa de lo ocurrido a los apotecarios mientras yo llego. Asegúrate de que entienden que su vida debe salvarse a cualquier precio: que yo, actuando con la autoridad del Sigilita, así lo he ordenado.

Samuel no vaciló ni un segundo, e inmediatamente salió a paso rápido del hangar.

Ison lo siguió. La palabra, el mensaje del Acechador Nocturno para el Sigilita, para el Emperador y para todo el Imperio, ardía en su mente.

Fyodor tosió de nuevo.

—Aguanta, hermano. Curze tenía razón: todavía puedes servir, aunque no de la forma que él esperaba.

FIN DEL RELATO